

Columna

Historias de vida

Hoy las aulas se han convertido en espacios donde no solo se enseña, sino que también se comparten historias de vida, anhelos y desafíos que trascienden lo académico. Todas las personas que ingresan a la educación superior, traen consigo experiencias, luchas y sueños por cumplir. Estos relatos no solo enriquecen el entorno educativo, sino que también son el motor que impulsa a jóvenes a perseguir su vocación y convertirse en lo que siempre han soñado.

Este lugar de intercambio de experiencias los fortalece, por medio del desarrollo de vínculos que surgen desde sus historias personales, las que puesta en común se convertirán una red de apoyo, que no sólo aportará a su formación académica sino a su crecimiento individual, a través de la amistad, el cariño y reconocimiento.

Las historias de quienes luchan por acceder a una educación de calidad son muchas, y reflejan una realidad que a veces se oculta. Jóvenes y adultos que enfrentan dificultades económicas, que deben equilibrar estudios con trabajo y responsabilidades familiares. Sin embargo, con cada pequeño logro, se acercan un paso más a sus anhelos, convirtiéndose en profesionales que dejan huellas; pasan de ser solo estudiantes para convertirse en referentes para hermanos, y amigos.



Laura Bertolotto Navarrete
Rectora Santo Tomás sede Valdivia

En este contexto, los docentes juegan un papel fundamental en esta transformación. Ellos no solo transmiten conocimientos, sino que se convierten en mentores y modelo a seguir. Su entrega generosa, responsabilidad y orgullo al educar inspiran a los estudiantes a esforzarse más y a superar sus propios límites. Es un círculo virtuoso: los educadores se motivan al ver el esfuerzo y la dedicación de sus alumnos, y en respuesta, entregan lo mejor de sí mismos, creando un ambiente de aprendizaje donde todos pueden desarrollarse.

El impacto de este proceso no se limita a lo académico; se extiende a las familias y comunidades. La educación no solo cambia vidas individuales, sino que también se vincula con las comunidades al empoderar a jóvenes que aprenden a soñar en grande. Es un proceso de contagio positivo, una cadena de esperanza que se expande más allá de la comunidad, convirtiéndose en una "Red Transformadora de Chile", como señalamos en Santo Tomás, con experiencias que transforman las vidas de muchas personas.

En definitiva las historias, anhelos y desafíos que traen consigo los estudiantes son el alma de la educación superior. Al alentar a nuestros estudiantes a perseguir sus sueños, no solo estamos ayudando a forjar su futuro, sino que estamos construyendo un entorno más próspero y esperanzador para todos.